

Julio César Jobet

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX

1. Los partidos políticos a principios del presente siglo.—2. Florecimiento económico de 1904-1905 y crisis siguiente.—3. Miseria de la clase trabajadora por los bajos salarios y la carestía de la vida.—4. Los primeros movimientos de la clase obrera y los represiones de Riesco y Montt.—5. Prédicas de Recabarren y escritos de Valdés Canga.—6. Riqueza y crisis determinadas por la primera guerra mundial.—7. Gobierno reaccionario de Sanfuentes al servicio de la plutocracia.—8. Triunfo de las fuerzas democrático-populistas en 1920.—9. Demagogia y fracaso de la primera presidencia de Alessandri.—10. Intervención política de los militares y comienzos de su dictadura.

1. A principios del siglo XX las fracciones oligárquicas que se disputan el gobierno y se suceden en él, administran el país como a un vasto feudo. A consecuencia de la derrota de Balmaceda desaparece el sistema presidencial autoritario y entra a predominar el Congreso, al que no se le puede responsabilizar por sus actos. Así se impone un régimen en el que el Presidente carece de autoridad y predomina un Congreso sin responsabilidad. El propio Balmaceda en su conocido «Testamento Político» (Carta a los señores Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinoza) traza un profético bosquejo de las consecuencias que pro-

ducirá el régimen victorioso en 1891: «Mientras subsista en Chile el gobierno parlamentario en el modo y forma en que se le ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral ni organización seria y constante en los partidos, ni paz entre los círculos del Congreso. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea; pero antes de mucho renacerán las viejas divisiones, las amarguras y los quebrantos morales para el jefe del Estado. Sólo en la organización del Gobierno popular representativo, con poderes independientes y responsables y medios fáciles y expeditos para hacer efectiva la responsabilidad, habrá partidos con carácter nacional y derivados de la voluntad de los pueblos, y armonía y respeto entre los poderes fundamentales del Estado. El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. O el estudio, el convencimiento y el patriotismo abren camino razonable y tranquilo a la reforma y a la organización del gobierno representativo, o nuevos disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos, y que mantienen la unión para el afianzamiento del triunfo, pero que al fin concluirán por dividirse y chocarse. Estas eventualidades están más que en la índole y en el espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en la fuerza de las cosas. Esto es el destino de Chile, y ojalá las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente, induzcan la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo Gobierno, seria y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente la vida y el funcionamiento de los Poderes Públicos, y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República. No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir. Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempos no lejanos, y con defensores numerosos y más afortuna-

dos que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida».

En el gobierno pseudo-parlamentario victorioso los numerosos partidos políticos se diferencian sólo por sus puntos de vista acerca de las relaciones entre el Estado y la Iglesia y la cuestión de la educación pública; pero en los problemas económicos no tienen posición ni criterio distintos. De ahí que la estructura económica del país no es tocada y se mantiene el latifundio, se facilita la penetración imperialista y se impone el régimen del papel-moneda que provoca un permanente inflacionismo, dirigido y aprovechado por la clase dominante, conservadora, que mira exclusivamente la defensa de sus bienes. Las agrupaciones políticas existentes representan dichos intereses. Los partidos Conservador, Nacional y Liberal, expresan las relaciones del latifundio, la banca y la Iglesia. El partido Liberal-Democrático que surgió como depositario de las ideas de Balmaceda solamente fué una montonera oportunista y despreciable. Con sobrada razón ha escrito Alejandro Venegas: «Este partido, que en un principio penetró hasta el corazón del pueblo, porque nuestra gente de trabajo tiene un verdadero culto por Balmaceda, ha ido perdiendo el afecto general a medida que ha ido echando al olvido y hasta escarneciendo los principios que consagró con su sangre el mártir del 91. Ni el respeto por la Constitución que establece el derecho del Presidente de la República para elegir libremente sus ministros, ni los anhelos de dar al pueblo felicidad proporcionándole trabajo e instrucción ni la aspiración de devolver al país una moneda honrada; ni las reformas liberales, nada, nada conserva del que llama su fundador ese partido mercantil y logrero que ha tomado el nombre sarcástico de liberal-democrático».

El Partido Radical defiende los intereses de la burguesía demo-liberal (industriales y mineros); y de la pequeña burguesía democrática (profesionales, empleados y burocracia estatal).

disciplinada en las logias masónicas. También recluta poderosos sectores latifundistas (especialmente en los del sur de país). Después de sus luchas de 1864-1884 se plegó a la oligarquía gobernante, ayudando a derribar a Balmaceda en alianza con los conservadores y entrando a formar parte de los gabinetes de coalición. Según el programa de 1888 sus puntos fundamentales estaban contenidos en sus proposiciones de obtener la separación del Estado y la Iglesia; el establecimiento de la enseñanza primaria «gratuita, laica y obligatoria»; y el mejoramiento de la condición legal de la mujer. En el orden económico-social sólo consultaba una tímida proposición sobre «el mejoramiento de la condición de los proletarios y obreros». Esta actitud del Partido Radical era tanto más anodina cuanto que Arcos y Bilbao (éste considerado el precursor del radicalismo), a mediados del siglo XIX habían planteado en términos claros y decididos la necesidad de mejorar o incorporar al pueblo a la cultura y a la política. Aun más, en ese mismo año de 1888, aparecía en París el libro «Chili et chiliens» del noticioso viajero y observador Charles Wiener, donde se describe la angustiosa condición de miseria del roto, sobre todo de su habitación, el conventillo, que es el «refugio de la mugre y a menudo del crimen». Dice que el roto en realidad carece de hogar y vive en la miseria. ¿Por qué la Convención Radical de 1888 soslayó el problema social chileno, a pesar de considerarse partido de avanzada y en circunstancias que observadores extranjeros lo exhibían crudamente, puesto que ya se planteaba agudamente? Porque... «Los políticos que formaron la asamblea eran en su mayoría profesionales o estudiosos de cierta distinción; figuraban en el núcleo intelectual estrechamente vinculado a la oligarquía burguesa de su tiempo; en este grupo gobernante, ellos eran la vanguardia, pero sólo la vanguardia de una oligarquía que secularmente sustentaba el desprecio y el rencor hacia el «roto», de cepa mestiza, generado en las encomiendas feudales. En concepto suyo este elemento social no merecía otra suerte que la que alcanzaba.

porque sus mayores nunca tuvieron una subsistencia mejor... Una vez más quedó comprobado el hecho de que una clase gobernante nunca legisla, ni siquiera se propone legislar, en favor de otra clase que esté excluida de la gestión del poder público» (1).

El Partido Radical, expresión de los intereses de la burguesía, no se atrevió a defender una reforma amplia encaminada a elevar el nivel económico y moral de las masas laboriosas, sumidas en la miseria y la abyección. Ni nunca lo ha hecho a pesar de haber integrado combinaciones de «Izquierdas» e incluso, haber dominado el poder. Ha permanecido siempre leal a sus intereses burgueses y reaccionarios. Es verdad que en su seno se libra una permanente lucha entre los sectores burgués y pequeño-burgués. A partir de 1906 adquiere una enconada fisonomía esta pugna entre el sector burgués de arraigados principios liberales y capitalistas y el sector de clase media de confusas aspiraciones socializantes. Sostenedor de las nuevas tendencias sociales fué el maestro don Valentín Letelier.

El único partido popular en esta época es el Demócrata que se había fundado en 1887, distinguiéndose el domingo 29 de abril de 1888 al dirigir un ruidoso movimiento de protesta en Santiago por el alza de las tarifas tranviarias y que celebró su primera convención el 14 de julio de 1889. El Partido Demócrata agrupó al artesanado y a algunos núcleos de obreros, pero no jugó ningún rol importante y, por el contrario, provocó grandes daños a la masa popular. Su explicación reside en lo que el destacado publicista Alejandro Venegas V. escribiera al respecto: «Desde su cuna le ha cubierto la sombra siniestra de un pecado original, la falta de ideales que para surgir adulan a las multitudes haciéndolas formarse un concepto errado de sus derechos y de cuales deben ser los objetos de sus aspiraciones. Siempre ha sido una agrupación sin jefes, sólo con cabecillas egoístas, de

(1) Luis Galdames.—«Valentín Letelier y su obra». El que quiera conocer el desarrollo interno de este Partido puede leerse el libro de Angel Custodio Espejo: «El Partido Radical, sus obras y sus hombres».

ambiciosos vulgares, tal vez nadie ha hecho tanto daño a la causa del pueblo como el Partido Demócrata que con su venalidad, con su codicia, con la rapiña de que ha hecho gala en los municipios que han caído en su poder la ha desacreditado y hecho profundamente antipática». (1).

De esta manera la descomposición política alcanza su máximo durante la época del parlamentarismo y la corrupción de las costumbres electorales ofrece caracteres sin precedentes. Este proceso se inicia desde las elecciones presidenciales de 1896 en las que el candidato de la Alianza Liberal, don Vicente Reyes, venció por cuatro electores, pero el personero de la Coalición, don Federico Errázuriz Echaurren, se compró a algunos de los electores aliancistas y, luego, en el Congreso Pleno sus numerosos parientes le dieron el triunfo. De esa manera el país tuvo un gobernante que había conseguido su alto cargo por el cohecho, la venalidad y el nepotismo, además que personalmente era de inteligencia mediocre y de costumbres disipadas (2).

2. Las «cicas familias» (oligarquía dominante y gobernante) imperan sin contrapeso. El inflacionismo sistemático que impulsan coincidió en su primera época con una gran prosperidad debido a las condiciones económicas mundiales favorables, que permitieron un gran auge a las industrias de exportación y, además, dieron lugar a una gran especulación, con motivo de haberse creado nuevas empresas, muchas de las cuales «tenían por objeto la explotación de substancias que no existían más que en la imaginación o en la malicia de sus organizadores».

Por esta época comienza a desarrollarse la industria del co-

(1) Valdés Cange.—«Sinceridad». En sus primeras páginas se hace un excelente análisis crítico de los partidos políticos chilenos.

(2) Carlos Vicuña en su notable obra «La Tiranía en Chile» expresa que su gobierno fué prudente y pacífico «solo manchado por indignos actos de venganza contra sus enemigos políticos y por bacanales nocturnas, que eran una nota de escándalo a la que el país no estaba acostumbrado».

bre. Desde la guerra del Pacífico había declinado la importancia de la producción cuprífera, desplazada por el salitre, pero a partir de los comienzos de este siglo nuevamente se intensifica, gracias a las cuantiosas inversiones de capitales norteamericanos que hacen posible su producción en vasta escala. En 1905 se inició la explotación de «El Teniente». En 1913 se dará principio a las faenas en el mineral de cobre más grande del mundo: Chuquibambilla.

Algunas cifras nos permiten fijar el proceso de los negocios en estos años de orgía y especulación.

Año	Capitales en moneda chilena	Capitales en £
1904.....	28.598.000	995.000
1905.....	216.062.000	8.393.240
1906.....	88.046.000	7.999.000
1907.....	49.858.387	851.000

En 1904 el Ejecutivo autorizó la existencia legal de 59 compañías anónimas con un capital de \$ 93.663.900 (explotaciones de cobre, salitre, frigoríficos, carbón, productos agrícolas y ganaderos). En 1905 se autorizó la existencia legal de 170 sociedades industriales y comerciales con un capital de 271.000.000 de pesos. (1).

Este período de prosperidad tuvo un término catastrófico. En 1906 se produjo el colapso de muchas de las compañías recientemente creadas; la restricción del crédito y la disminución de las reservas bancarias. Con razón Valdés Cange al analizar esta época de auge expresa que descansaba en bases artificiales, motivo por el que fatalmente debía producirse su derrumbe. La ley del 29 de diciembre de 1901 fijó el 1.º de enero de 1910 para poner fin al curso forzoso, y al mismo tiempo lanzó al mer-

(1) Daniel Martner.—«Historia Económica de Chile».

cado 30 millones de pesos en billetes inconvertibles. Esta ley produjo un descenso del cambio y la emisión señalada con una época de verdadera prosperidad tuvo que producir su consecuencia lógica: abundancia de capitales y facilidad para obtener préstamos, lo que fomenta las empresas aventuradas, que al fin y al cabo tienen que terminar con una liquidación desastrosa. Efectivamente, durante el año 5 se organizaron sin fundamento serio centenares de sociedades industriales que representaban centenares de millones de pesos" (1).

La situación indicada se prestó para las más atrevidas especulaciones que luego causaron la ruina de muchas personas. Sin embargo, la crisis que se abre a continuación no afectó a los grandes magnates (agricultores y banqueros), pero se aprovecharon de ella para obtener nuevas emisiones que hicieron descender más el cambio, agravando la miseria de las masas, por el encarecimiento continuo de la vida, especialmente de los artículos de primera necesidad para el pueblo. Los malos negocios y las condiciones del crédito que siguen a la fase de bonanza eran, pues, la consecuencia natural de la especulación desenfrenada y que el gobierno agravó y profundizó al tratar de solucionarla recurriendo a nuevas emisiones, puesto que con ello no hizo otra cosa que elevar el costo de la vida y perjudicar a las grandes masas consumidoras. «Las clases asalariadas frente al alza de los precios comenzaron a luchar por obtener salarios más altos, lo que dió origen a que se desarrollara una conciencia de clase. El alza de los precios fué uno de los elementos más importantes en el desarrollo de la cuestión social en Chile» (2).

(1) Julio Valdés Cange.—«Cartas a Pedro Montt».

(2) F. W. Fetter.—«La inflación monetaria en Chile». Este libro ha sido muy atacado por los personeros de la oligarquía, especialmente por sus «economistas». Pero un integrante de ella, y gran magnate, don Agustín Ross, en su obra «Sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y de problemas bancarios (1851-1910), condena el régimen papel moneda, destacando que el pueblo tiene que soportar el daño principal causado por él

Así como el florecimiento económico del país, de principios de siglo, llevó aparejada en la base la intensificación de la explotación de la clase obrera, en tal forma que en las regiones del salitre y cobre alcanzó caracteres pavorosos, el alza del costo de la vida agudiza dicha situación. Es en contra de este injusto estado de cosas que se rebelan las masas trabajadoras, lo que provoca sangrientos conflictos.

3. En 1904 trabajaban en el salitre 24.445 obreros, de los cuales 17.398 eran chilenos. En las faenas del cobre laboraban grandes núcleos, los que sumados a los ocupados en las minas de carbón y en las industrias nacientes, constituyen un proletariado en formación digno de tomarse en cuenta. Las condiciones de trabajo de este proletariado son terribles. Un historiador, que no puede ser tachado de parcial, escribe, al referirse a los obreros de las salitreras, que si bien los salarios que recibían eran subidos en relación a las de los demás faenas, vivían en pésimas situación debido a las habitaciones inadecuadas, a la falta de seguridades en las faenas (riesgos a que se exponían en los cachuchos hirvientes), a los precios excesivos de los artículos en las pulperías, y agrega: «a la vista de este cuadro puede afirmarse que no era más miserable la condición de los indígenas, durante la época colonial, en los lavaderos de oro. Todos los dueños de

además de que se pierden los capitales propios, se malogra el ahorro y todo cae en poder de los audaces «que han creado y mantienen el plan de subsistencia y de depreciación sistemática y gradual del papel-moneda de curso forzoso». Y termina: «en resumen, y a riesgo de ser tildado de hacer uso de repeticiones inútiles, creemos que hemos logrado probar con claridad, en este capítulo, que, a pesar de las condiciones naturales y económicas del país, todas favorables para mantener a firme el padrón monetario de oro, la emisión de papel-moneda, y su gradual depreciación, han sido especialmente en su segunda época, impuestas, sin duda, al país por una fracción interesada de la comunidad y para su propia conveniencia».

salitreras, tanto chilenos como ingleses, fueron igualmente culpables de su conducta con los trabajadores» (1).

Este cuadro se ensombrece más debido a la rápida alza de precios de las mercaderías importadas y de los productos nacionales, experimentada desde 1905. Precisamente, en estos años es cuando se inician los conflictos del trabajo en escala apreciable: huelgas, represiones, matanzas. Su origen radica, pues, en la explotación capitalista despiadada: bajos salarios, malas condiciones de trabajo, alto costo de la vida. Los trabajadores soli-

(1) Datos tomados de la obra del Dr. Nicolás Palacios: «Raza Chilena», 1904. Este libro es la estructuración sistemática de una serie de artículos periódicos que escribiera en defensa del pueblo chileno a comienzos del presente siglo. Es difícil ubicar a N. Palacios dentro de una filiación precisa. Adepto a la ciencia defiende principios étnicos equivocados; defensor de la libertad y la democracia ataca al socialismo y al movimiento obrero; mientras exalta lo germánico, como creador exclusivo de lo grande; denigra lo latino en forma injusta; ataca al judaísmo y en un capítulo curioso se adelanta al extraño ensayo de G. Papini en «Gog», titulado «Las Ideas de Benrubí». (Véase el capítulo: «Funesta influencia de los literatos judíos. Su carencia de la idea de Patria. Apóstoles del socialismo»). N. Palacios conoce las doctrinas de Marx, pero las impugna violentamente. A Marx, Lassalle, Reclus, Heine, Nordau y Brandés, grandes pensadores judíos, les enrostra su afán de burlarse siempre del más alto ideal de las naciones superiores. Ataca a los apóstoles del socialismo, todos judíos, según él, quienes tienen odio a la idea de nación y predicán «el amor a la Humanidad» de la raza judía. Este virulento capítulo se debe a que «las desquiciadoras doctrinas difundidas por los socialistas están produciendo graves males a la patria»).

N. Palacios es un pensador contradictorio, por cuanto indicó con gran exactitud las terribles condiciones de vida de los trabajadores y, en cambio, atacó las ideas socialistas que brotando de esa injusticia social propiciaban una amplia reforma; atacó a la aristocracia y las «clases superiores» para defender y reivindicar al pueblo. Es intransigente en su interés permanente por la suerte de los trabajadores, en quienes encontraba las más grandes virtudes y cualidades. Es uno de quienes ha señalado en forma más certera su triste condición debido a la torpeza y egoísmo de sus gobernantes y a la soberbia de sus clases dirigentes. En la misma forma ha condenado con palabra de fuego innumerables abusos, actos injustos y escándalos acaecidos en el país, en desmedro de Chile y de su pueblo.

citan regularidades en el trabajo, combaten la inflación y piden aumento de salarios y que su pago se haga sobre la base de una moneda fija.

El doctor Nicolás Palacios al calcular los salarios en la región central del país expresa que no subían en proporción a la baja del valor de la moneda. El jornalero de la región agrícola ganaba, según sus estudios, entre \$ 0.50 y \$ 1 al día, en los campos, lo que significaba una renta anual de \$ 148 a \$ 296, descontando 52 domingos, 15 días festivos eclesiásticos y 2 civiles, o sea, de \$ 12.33 a \$ 24.66 al mes. El promedio obtenido alcanzaba a \$ 17.49 de 17 d. mensuales. Esta suma equivalía a la cuarta parte del jornal de un argentino, a la quinta del de un inglés, a la sexta del de un australiano, y a la octava parte del salario de un norteamericano. Estos cálculos están hechos a base de que el jornalero no se enferme nunca y sin tomar en cuenta los días que tiene que vagar buscando trabajo (1).

En 1907, según el Censo de ese año, la población del país alcanzaba a 3.250.000 habitantes, de los cuales el 43% se concentraba en las poblaciones de más de 1.000 habitantes. Este crecimiento urbano más el apreciable desarrollo industrial ayudan a la formación del movimiento obrero. Según el Censo indicado la población activa llegaba a 1.250.000 (40%) de los cuales casi un millón constituían la clase asalariada o proletariado: 300.000 obreros, trabajadores libres; 240.000 gañanes o trabajadores ambulantes; 220.000 labradores del suelo; 40.000 mineros; 140.000 comerciantes y empleados de comercio. El mismo censo revelaba una cifra de 60% de analfabetos (25% población infantil y 35% masa adulta en dicho estado).

El historiador y sociólogo don Luis Galdames en un estudio dedicado al movimiento obrero en esta época llega a resultados parecidos en lo que respecta a salarios. Al detallar los jornales que ganan los inquilinos y que son variables según las regalías

(1) Domingo Amunátegui Solar.—Historia Social de Chile.

de que gozan, considera que en los años de 1907-8 fluctuaban de 0.20 centavos a \$ 1. en moneda corriente de 10½ d. En cuanto a las peonadas ambulantes («forasteros») ganaban un salario que variaba de 0.80 centavos a \$ 1.60, sujeto a diversa escala (con «ración» o sin ella, a trato o al día) y según las localidades y faenas. Es así como en el campo al alza experimentada por los salarios de 1 real, a principios del siglo XIX era de 2 reales a mediados y de 10 reales a principios del actual; en cuanto al valor de la moneda había disminuído de 47 d., a mediados del siglo XIX, a 12 d. a comienzos del siglo XX.

Los salarios en las minas de Tarapacá y Antofagasta eran de \$ 5 a 6 en el interior y de \$ 4 a 5 en las costa, en moneda de 10½ d. En las provincias de Atacama, Coquimbo, y Aconcagua de \$ 3.50 a 2 en las costa y de \$ 4 a 2 en el interior. En las minas de carbón se pagaba hasta \$ 5.50. En Magallanes \$ 6. En las industrias el salario medio para los hombres era de \$ 3.80 y para las mujeres y niños de \$ 1.80, en moneda de 10½ d., con una jornada de 9 a 12 horas. Si a veces pueden considerarse elevados los salarios debe recordarse que, desde la Revolución de 1891 hasta 1908, el costo de la vida se había duplicado y el valor de la moneda había descendido a la mitad, por lo que los precios de los artículos de consumo se cuadruplicaron (1).

De paso anota N. Palacios que la ley que fijó en 18 d. el valor del peso chileno canceló de una plumada el cincuenta por ciento de las deudas de sus autores, pero causó, en cambio, la muerte de muchos millares de niños proletarios. Y en esta época, en que Palacios hacía sus cálculos, los salarios del campo habían experimentado aumentos, a causa de la influencia de los mejores salarios en la minería, industrias y obras públicas. Por otra parte,

(1) Luis Galdames.—«Los movimientos obreros en Chile». Presentado al Cuarto Congreso Científico (1.º Pan Americano), celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 6 de enero de 1909. Publicado en el Vol. X, tomo III, págs. 361-81, junto con el trabajo de don Agustín Ross, que ya hemos citado.

la introducción de algunas maquinarias en las faenas agrícolas era más corriente, pero éstas no mejoraron las condiciones de vida de los campesinos, sólo repercutieron en la obtención de mayores ganancias para los grandes hacendados. Situación tan curiosa e irritante ha sido observada hasta por escritores totalmente ajenos a nuestro país. Así, por ejemplo, los geógrafos franceses, hermanos Reclus, expresan con aguda visión: «Los grandes progresos de la mecánica agrícola han aumentado los productos del suelo, pero no han mejorado la situación del labrador, es decir, del braccero del campo, antes bien la han empeorado, mientras que los terratenientes, algunos de los cuales poseen extensiones de 200,000 hectáreas, consiguen ahora con menor número de jornales cosechar los frutos de sus dilatadas fincas» (1).

Al analizar los movimientos obreros explica que se generan por las malas condiciones de vida, por la carencia de una protec-

(1) Onésimo y Elisco Reclus.—«Geografía Universal». (Traducción y Prólogo de Blasco Ibáñez. Tomo VI. Madrid 1907). En 100 páginas presentan un cuadro bien completo de la geografía de Chile en sus diversos aspectos. Además, emiten curiosos conceptos sobre el temprano desarrollo industrial de Chile, exagerados en verdad, pero que de todas maneras hablan el lenguaje que en Chile debió ser el de sus gobernantes, si hubieran tenido una exacta visión del porvenir. Contando, pues, los chilenos con la abundantísima riqueza mineral de que hemos hablado, además, de la sal gema, el bórax y las minas de combustible fósil, que se beneficia principalmente en las cercanías de Concepción, prefirieron establecer fábricas en el país para aprovechar en ellas las primeras materias, y mandarlas a la Gran Bretaña, desde donde salían, bajo distinta forma, para las demás naciones del globo. Comenzó en Chile la industria manufacturera por fundiciones de cobre, refinación de la plata, fabricación de productos químicos, altos hornos (comparables hoy a los que en Europa les sirvieron de modelo), y ha llegado a los mayores adelantos conocidos».

Los hermanos Reclus consideran portentosa la prosperidad industrial chilena con sus fábricas de harinas, refinerías de azúcar, fábricas de paños, de papel, de clavos, alfarería y cerámica. Destaca que solamente no se fa-

ción adecuada al trabajo y por la indiferencia de las clases superiores. Con respecto a la misera situación de los obreros del nautre dice: «no hay tal vez otra región del mundo civilizado en que la organización del trabajo sea más defectuosa y en que pueda observarse con caracteres más graves la omnipotencia del capital, que por ser en este caso extranjero y hallarse en un país en que la situación de las clases laboriosas se mira con cierta indiferencia y estar empleado todavía en una industria de la cual depende la mayor de las entradas fiscales, lleva sus imposiciones a extremos verdaderamente imponderables».

No obstante, las conclusiones que Galdames saca de su exposición son muy confusas. Así expresa que los movimientos obreros obedecieron a razones políticas más bien que económicas y sociales, en circunstancias que se desprende nítidamente de su propio estudio que lo fueron a causa de las condiciones de su misera existencia. Se refuerza esta conclusión cuando él mismo expresa que no obedecieron a una agitación socialista, que no existía, sino que a la política económica del Gobierno, agregando

brican todavía rieles, máquinas y vagones, debiendo comprarse en el extranjero. Junto con señalar este importante desarrollo económico, ponen de relieve la energía, tenacidad y empresas guerreras de Chile, de tal modo que su comercio y movimiento marítimo han hecho que se levanten en estos lejanos parajes «los cimientos de un Estado marítimo, ni más o menos como Fenicia fueron en lo antiguo . . . o Venecia en la Edad Media». El único peligro para Chile que ven estos escritores es la vecindad de Argentina, pues por mucho que Chile aventaja en lo militar y guerrero a las demás naciones, sudamericanas no deja de ser algo peligrosa para el porvenir la vecindad de la Argentina». De todas maneras afirman que Chile «en realidad es un pueblo rico y de gran porvenir».

Desgraciadamente, los hermanos Reclus se han dejado llevar por su simpatía a nuestra nación presentando un cuadro demasiado risueño y halagador de su realidad, bastante distante de ser efectivo. Pero Chile debería ser lo que los Reclus pintan si sus riquezas se hubieran aprovechado con un criterio social, y no para disfrute de una minoría derrochadora, orgullosa e insensible. Es necesario sí conseguir que algún día la realidad descrita por los hermanos Reclus sea efectiva y aún sobrepasada.

que no reivindican derechos de clases sino que tratan de mejorar las condiciones de trabajo y de salud.

4. Los partidos políticos no atienden al clamor popular, ante su situación económica angustiosa. Se limitan a luchar entre sí por el reparto de las granjerías administrativas y por la defensa de los intereses que sirven, mientras las masas yacen en la pobreza y en la desesperación. Los Presidentes, personeros de la clase dominante, solamente representan a la reacción y al imperialismo. Germán Riesco (1901-6) carecía de personalidad y de dotes de mando, había sido elegido por sus condiciones negativas, porque los jefes políticos de la Alianza, divididos en mil fracciones, estimaron «que no era una amenaza para nadie». Y la época de Riesco fué de negocios y especulaciones sin freno, en la que pulularon los gestores administrativos con absoluta impudicia aprovechando la neutralidad benévola del primer mandatario. Pedro Montt (1906-10) que le sucedió era un político torpe, testarudo y atropellador, interventor veterano, opositor obstinado al gobierno de Balmaceda y caudillo de la desgraciada revolución de 1891, enemigo de los humildes, por lo que realizó una administración anti-popular y al servicio de la oligarquía insaciable.

El naciente proletariado por el desarrollo capitalista del país y la agudización de las contradicciones del régimen, expresa sus primeras rebeldías en manifestaciones revolucionarias de grandes repercusiones, que espantan a la oligarquía y a los Presidentes Riesco y Montt, representantes de la estabilidad económica de los terratenientes y burgueses.

Las huelgas y disturbios de Valparaíso (mayo de 1903), Santiago (octubre de 1905), Antofagasta (febrero de 1906) e Iquique (diciembre de 1907), demuestran la efervescencia de las masas que ya no aceptan resignadamente su miseria y, por el contrario, inician su lucha por una participación justa en la riqueza y lograr el mejoramiento de sus lamentables condiciones

de vida. Era esto tanto más justo cuanto que los negocios de la clase plutocrática prosperaban ininterrumpidamente.

Algunos de los movimientos mencionados adquirieron proporciones extraordinarias. El de Santiago, en 1905, se originó en un meeting para protestar por el impuesto al ganado argentino, una de las leyes más impopulares y mantenida exclusivamente en beneficio de unos cuantos grandes agricultores incapaces y de algunos centenares de contrabandistas, lo que siempre ha dado motivo para negociados y situaciones irritantes, a costa del pueblo (1).

En el de Iquique, en 1907, participaron 10.000 trabajadores, pidiendo alza de salarios, seguridades en las faenas, comercio libre para poner fin a la explotación de las pulperías. Se le reprimió con una atroz matanza autorizada por el Presidente Montt. Se ha manifestado por diversos conductos que fueron masacradas unas dos mil personas en esta feroz represión que comandara Silva Renard. La prensa al servicio del oro oligarca atenuó la matanza y el Congreso cometió la indignidad de aprobar la con-

(1) En el libro de Carlos Vicuña: «La Tiranía en Chile», se describen con bastantes datos las diversas masacres mencionadas y también, detenidamente, las de 1919, 1920, 1921 y 1925. Es muy interesante al respecto el libro del destacado dirigente anarquista Luis Heredia: «Cómo se construirá el socialismo», en el que junto con describir el origen y desarrollo de los primeros grupos socialistas y anarquistas hace un buen análisis del desenvolvimiento de las luchas de la clase obrera nacional y de las represiones inmisericordes que sufriera. Con respecto a este movimiento de Santiago, en 1905, ha publicado valiosos recuerdos el dirigente obrero, socialista, actual senador de la República, Carlos Alberto Martínez, en una entrevista extensa concedida a la revista «Bases», n.º 2, de noviembre de 1937, que aparecía en Valparaíso. La crueldad de la clase dominante chilena ha sido increíble y tanto más odiosa cuanto que siempre ha tratado de ocultarla en las artimañas de las leyes y la Constitución, so pretexto de defender «el orden» y la paz social», es decir, el libre ejercicio de la explotación que realizan unas cuantas decenas de magnates, señores del país, con cuyos intereses se confunde el Estado, que manejan el Gobierno y sus instituciones, mientras el pueblo perezca lentamente.

ducta de las autoridades, porque apoyaba en todo al gobierno de Montt, en una verdadera coalición, disfrazada bajo el nombre de «tregua doctrinaria» y en la que nacionales, radicales, conservadores y liberales doctrinarios daban su consentimiento a las más vergonzosas iniquidades.

(Continuará)